

ditos; al cardenal Juan Francisco Comendone, uno de los más grandes hombres de Venecia; á Daniel Barbaro, á Juan Antonio Volpi, á Antonio Minturno, literatos de primera nota; á Marco Antonio Flaminio (20), y al obispo Vida, en quien renacían Catulo y Virgilio; al teólogo Ambrosio Catarino, dominico, ardiente adversario de la herejía, y á Isidoro Clario de Brescia, que corrigió la versión de la Vulgata; dos célebres profesores de Lovaina fueron también diputados á aquella asamblea, Miguel Bajo y Juan Hessels, propagadores de doctrinas erróneas con respecto á la gracia.

No se trataba en este concilio de cuestiones parciales como en Constanza, sino de la existencia de la Iglesia; y si era peligroso reunirlos en medio de tan gran fermentación de los ánimos, era muy difícil contenerlos en los justos límites. Además de la negativa que habían dado los príncipes protestantes de intervenir en él, las pretensiones de los reyes católicos, las protestas, las inteligencias entre los cardenales, entre las naciones, multiplicaban á cada paso los obstáculos. Cambiando á cada momento de partido los obispos extranjeros, fué preciso enviar prelados italianos, más pobres y menos exigentes, y haciendo votar nominalmente y no por naciones, aseguraron á estos últimos el predominio (21); pero si la política intervino en algunas decisiones, la persuasión y la conciencia tuvieron la mayor parte.

En la primera sesión del concilio, que se verificó durante la guerra de Esmalcalde, el dogma de la justificación, que fué el fundamento del sistema católico, se había asentado sólidamente; quedaban que discutir las cuestiones de gerarquía. ¿La residencia y la institución de los obispos eran de derecho divino? ó lo que es lo mismo, ¿hasta dónde se extendía su independencia con respecto al soberano pontífice? ¿Y las llaves fueron dadas sólo á san Pedro? Jacobo Lainez, general de los jesuitas, sostuvo en el más célebre discurso de aquella asamblea, que el poder de jurisdicción pertenecía únicamente al papa y que todo otro se derivaba de él. Su parecer venció, y la supremacía del papa, que se habían propuesto restringir, permaneció consolidada; se decidió que sólo él podía interpretar los cánones é imponer las reglas de fe y vida.

Posible fué llegar á tan grandes resultados desde el momento en que los obispos, en lugar de aspirar á una nueva autoridad con detrimento de la del soberano pontífice, conocieron la necesidad de salvar la suya á la sombra del papa. Los príncipes habían comprendido igualmente que su existencia

(20) Había sido propuesto secretario; pero se excusó de este cargo, porque ya su talento estaba de parte de aquellas doctrinas en cuya condena debía ejercitarse su pluma. PALLAVICINO.

(21) Había en la asamblea ciento ochenta y siete prelados italianos, y otros ochenta y tres de todas las demás naciones.

estaba comprometida por las querellas teológicas, y que convenía desde entonces no sutilizar sobre los límites del poder eclesiástico, sino proporcionarse su apoyo.

Las disensiones renacían en el interior: los príncipes se quejaban de que los debates se alargaban, de que la discusión no era libre, de que todo iba de Roma preparado y decidido de antemano, de que los prelados se ocupaban demasiado de la grandeza pontificia. Sin embargo, la lentitud procedía de sus pretensiones: no se intrigaba menos por una parte que por otra; se asustaban de ciertas reformas, y querían hacer servir el concilio á sus miras particulares; la España para intimidar á los belgas que se habían rebelado; la Francia y el Imperio, una vez para deprimir, y otras para acariciar á los hugonotes y luteranos. Por otra parte, el emperador pedía no sólo reformas en el papa y su corte, sino también sobre los breviarios, las vidas de los santos, los sermonarios, y hasta á la comunión bajo las dos especies; la España quería que los obispos no fuesen considerados como una emanación del poder papal, sino declarados de institución divina, y en su consecuencia independientes. La Francia sostenía los decretos de Basilea y la superioridad de los concilios sobre el pontífice, y pedía por boca del cardenal de Lorena el matrimonio de los sacerdotes, el uso del cáliz, la liturgia vulgar. Pero en fin, las turbulencias de la Francia hicieron que este partido se uniese al del papa.

Puede formarse una idea de los esfuerzos que fueron necesarios por parte de Pio IV y sus teólogos para poner acordes pretensiones tan diferentes y opuestas. Despacháronse en fin, las materias que quedaban aun relativas al matrimonio, al purgatorio, á la invocación de los santos, al culto de las imágenes y de las reliquias, á los ayunos y á las indulgencias. Con respecto á la disciplina, se decretó la prohibición de los matrimonios clandestinos, de la comunión bajo las dos especies y de los ordenaciones sin beneficio. Los vendedores y promulgadores de indulgencias se suprimieron; la colación de las órdenes y las dispensas se declararon gratuitas. La residencia fué obligatoria, y en su consecuencia la reunión de beneficios con cura de almas no fué ya posible. Prohibióse á los jueces seculares mezclarse en las causas del clero, y á los príncipes dar edictos sobre materias ó personas eclesiásticas, percibir gabelas y diezmos, pretender que su *exequator* fuese necesario para las bulas pontificias; todo bajo pena de excomunión á los que obrasen de otra manera, ó usurpasen, ya fuesen los bienes, ya los derechos de la Iglesia.

Declaróse entonces cerrado y terminado el concilio, y Pio IV confirmó solemnemente sus decretos. Pero los que esperaban que la unidad de la Iglesia se restableciera, vieron, por el contrario, proclamada la división. Es cierto que un sínodo no podía ser conciliador ni decidir de otra manera que lo que lo había hecho la Iglesia hasta entonces.

Ya en aquel momento cada uno había adoptado su partido. Las opiniones religiosas se encontraban basadas sobre los intereses políticos, y el mundo se hallaba dividido en dos campos. No había ya esperanza de transigir con los adversarios: entre los católicos no había necesidad de transacciones ni casi de discusiones. Quedaba aun que dar á luz el sistema entero de la fe católica; y en efecto, quitaron una serie de superfluidades, y resultó de ello que la teología se vió reducida al estado de ciencia positiva y libre de la dialectica (22).

Pero la reforma general, claramente indicada y preparada ya, no podía proceder sino de aquel que tiene del cielo la autoridad, y sólo en este caso no debía ser separada del centro, ni fundada en la negativa. Los hombres pretendieron desempeñar esta misión; y destruyendo la unidad, pusieron obstáculos á que se obtuviese legítimamente. Entonces los reformados no pudieron hacer más que circunscribirse á la negativa y á las protestas. La Iglesia no pudo defenderse de una oposición que se separaba de ella y se aislaba, sino encerrándose estrechamente en las barreras de la antigua fe. Pero entre los mismos católicos, no todos quisieron aceptar enteramente las reglas formuladas por aquel sínodo, que estuvo bien distante de conseguir su objeto primitivo, es decir, el restablecimiento de la unidad.

**Reformas.**—Si todos los católicos estaban acordes con respecto á la fe, diferentes intereses se pretendían lastimados en lo concerniente á la reforma y á la disciplina. Venecia dió el ejemplo adoptando el concilio. Cosme, gran duque de Toscana, la Polonia y el Portugal, le imitaron sin ninguna restricción. Felipe II hizo otro tanto, pero bajo la reserva de observar en la ejecución las leyes de sus Estados. En Francia Carlos IX lo rechazó porque atacaba las prerogativas reales, y era susceptible de exasperar á los disidentes. Cuando después Enrique IV se adhirió á él, encontró oposición, y aunque tácitamente reconoció, el concilio no fué admitido nunca formalmente en el reino. En Alemania, en atención á que el pontífice negaba la comunión bajo las dos especies y el matrimonio de los sacerdotes, no fué admitido nunca como ley del imperio, y sí sólo como título subsidiario, considerando los puntos de doctrina

(22) Hablamos en otra parte (cap. XX) de las dos historias más conocidas de aquel concilio, por Pablo Sarpi y por el cardenal Pallavicino.

Entre los demás historiadores pueden consultarse:

J. MENDHAM.—*Memoirs of the council of Trent*, Londres, 1834.

M. GÖSCHL.—*Geschichtliche Darstellung des grossen allgemeinen concils zu Trent*, Regensb. 1839.

WESSEMBERG.—*Die grossen Kirchen-Versammlungen des XV und XVI Jahrhunderts*, Constanza, 1840.

BRISCHAR.—*Beurtheilung der controversen Sarpis und Pallavicini's in der Geschichte des Tridentiner concils*, Tübinga, 1844.

como emanados de la Iglesia. Lo mismo aconteció en Hungría.

Pio IV hizo redactar una *profesión de fe*, que firmaron todos los eclesiásticos y doctores, y en la que el dogma está espresado más positivamente que en el concilio. Concedióse entera fe al *Credo* apostólico y á los sacramentos establecidos por Jesucristo que todos confieren la gracia. Fueron aceptadas todas las decisiones del concilio de Trento concernientes al pecado original y á la justificación. Se reconoció que en la misa para los vivos y los muertos se ofrece un verdadero sacrificio propiciatorio; que el cuerpo y sangre de Jesucristo existe real y sustancialmente en la Eucaristía, y que toda sustancia de pan y vino se convierte en la suya, de manera que Jesucristo todo entero se recibe bajo una y otra especie. Se profesa la creencia en el purgatorio y la eficacia de las oraciones, así como la invocación á los santos, que dirigen por nosotros oraciones á Dios; honrar las reliquias, conservar y venerar las imágenes de Cristo, de su madre y de los santos, se considera como un deber; además está espresado que Jesucristo ha dejado á la Iglesia la facultad de las indulgencias soberanamente saludables á los fieles; que la Iglesia católica es la madre é institutiva de todas las demás, y que se promete obediencia al pontífice, vicario de Cristo y sucesor de san Pedro; en fin, que se admite todo lo que ha sido legado por las tradiciones y definido por los concilios, especialmente por el de Trento.

Algunos puntos dogmáticos permanecieron, no obstante, sin solución entre los católicos. Así fué, que la superioridad de los concilios sobre el papa, declarada en Constanza y Basilea, fué sostenida por los alemanes; los franceses formaron de ella la base de las libertades de la iglesia galicana. En su consecuencia, rechazaron la infalibilidad del papa separado de la asamblea de la Iglesia; y grandes doctores han profesado en alta voz esta opinión, sin separarse de la comunión católica. El cardenal Bellarmino se hizo, por el contrario, ardiente campeón de la supremacía papal, independiente de todo juicio y alma de la sociedad, cuyo poder temporal no es más que el cuerpo (23). Pareció que las pretensiones de Gregorio VII renacían, y nunca se había defendido con tanto calor y con argumentos tan fuertes la ilimitada supremacía de la Iglesia sobre el Estado.

Sin embargo, la Santa Sede estaba reducida á invocar la cooperación de los príncipes. En efecto, el duque de Baviera la sostuvo abiertamente, lo que le hizo adquirir gran importancia política como defensor de un príncipe que había llegado á ser poderoso. Los príncipes eclesiásticos del Impe-

(23) *Summus pontifex, simpliciter et absolute, est supra Ecclesiam universam et supra consilium generale, ita ut nullum in terris supra se judicem agnoscat*. De concilii auctoritate, c. 17.

rio encontraron también ventaja en afirmar la Santa Sede, en atención á que la oposicion que se le hacia era contra ellos por su calidad de sacerdotes. Por otra parte, los poderosos habian siempre tratado de romper las barreras que les oponia la autoridad eclesiástica; y así como los protestantes lo consiguieron de repente con su abierta rebelion, los católicos trataron de conseguir su objeto con los términos medios, con el fin de poner acordes su conciencia y ambicion. Así fué como Venecia, Luis XIV y los emperadores se dedicaron á separar las atribuciones políticas de las funciones sacerdotales, y á aumentar las primeras sin lesion del dogma. Escitaron para el efecto las ambiciones particulares, y trataron, bajo pretexto de independencia, de separar de los demás sacerdotes los de sus Estados, é impedir las comunicaciones directas con el jefe espiritual formando sociedades religiosas especiales, con objeto de hacerlas dóciles al poder que les permitia existir. Tuvieron, pues, los pontífices que abandonar sus pretensiones absolutas, y los soberanos obtuvieron con el tiempo las atribuciones eclesiásticas que los príncipes protestantes habian usurpado por la fuerza. Sin embargo, una vez desechadas las falsas decretales, la autoridad pontificia se encontró mejor asentada, porque era más mesurada; y en general el derecho eclesiástico sufrió una reforma. Tomó nuevo aspecto entre los protestantes, entre quienes el príncipe fué investido con la supremacia espiritual, es decir, con la facultad de prohibir ó permitir un culto á su antojo, nombrar para los empleos de la Iglesia, disponer de los bienes, y ejercer tanto la jurisdiccion eclesiástica como las prerogativas diocesanas; cosas que desde los primeros tiempos de su existencia, la Iglesia habia siempre combatido con objeto de que permaneciesen, tanto como fuese posible, independientes del poder temporal.

Otra cuestion resuelta solamente en parte por el concilio, y abandonada la restante á la controversia de las escuelas, fué la de la gracia; ahora bien, veremos nacer de aquí en el siglo siguiente una gran disension interior denominada de Jansenio.

Habiéndose prohibido publicar, bajo cualquier pretexto que fuese, y á todo poder ó dignidad, emprender comentarios, notas ó glosas sobre los decretos del concilio, en atención á que todos debian acudir á la Santa Sede en caso de duda, instituyó el papa una congregacion de ocho cardenales para interpretar los decretos de reforma, disciplina y jurisdiccion eclesiástica.

**Catecismos.**—No parece que en la Edad Media la Iglesia formulase catecismos, en los que los elementos esenciales de la religion estuviesen espuestos para uso del pueblo. Pero cuando Lutero habia hecho un cargo por descuidar la instruccion de los jóvenes y del pueblo, Erasmo publicó uno (1535), después de él se dieron á luz otros, entre los cuales el más célebre es el del jesuita Pedro Canisio (*von Hundt*). Pero el concilio de Trento mandó que se hiciese uno general, cuya redaccion se

confirió á san Carlos, quien eligió para que le ayudaran á tres dominicos (24); Pablo Manucio revisó el estilo (25), y se publicó en italiano y en latin, después se dividió en capítulos, y en fin, en preguntas y respuestas en la edicion de Andrés Fabricio. Este es el *Catecismo romano*, admirado por su elegancia, su método claro y verdaderamente propio para demostrar que la profunda y sólida erudicion sagrada no tiene necesidad de argumentos y fórmulas de escuela, sino que, por el contrario, descansa en la exposicion clara y precisa, en la sublime sencillez del pensamiento. No estando acordes los jesuitas con los dominicos sobre las doctrinas relativas á la gracia, lo desacreditaron y publicaron otros, entre los cuales figura en primer lugar el del cardenal Bellarmino. También los protestantes tuvieron sus catecismos, más sencillos que los nuestros, pero menos completos, pues pasan por alto infinidad de cuestiones, y no pueden resolver otras de un modo conveniente, atendido el poco seguro fundamento de su fe, que permite preguntar por qué razon no lo negaron todo, ya que empezaron por negar algo.

La frivolidad que hemos notado en la literatura habia dañado á las cosas de orden más elevado. Conocióse la necesidad de corregir las lecciones apócrifas, las antifonas ridículas y los ritos burlescos, introducidos en la Iglesia por ignorancia ó sencillez; pero eran acaso adecuados para desempeñar esta mision sábios preocupados de la forma, y cardenales á quienes el latin incorrecto de san Pablo inspiraba disgusto? León X encargó á Zacarias Ferreri, de Vicenza, corregir los himnos; pero los que reemplazaron á los antiguos eran tan puros en el estilo como frios en el sentimiento. La muerte impidió á Ferreri terminar todo el breviario. En su consecuencia, Clemente VII confió este trabajo á Quiñones, cardenal de Santa Cruz, que compuso uno muy compendiado, y desde luego del gusto de todo el mundo; así fué, que el antiguo estuvo á punto de ser abolido, y rota la tradicion. Desechó Pio V el breviario de Quiñones, y publicó otro nuevo, obligatorio para todas las iglesias que no poseyesen uno, lo menos doscientos años antes. Esta condicion no impidió el que el mayor número adoptase el breviario romano que fué seguido del misal.

Era necesario también preparar una edicion de la Biblia, en relacion con los progresos de la filosofia y de la exégesis. La de Roberto Estienne sirvió de regla para el texto griego. El concilio habia declarado la Vulgata auténtica por su version latina, pero sin indicar de qué manuscrito ó edicion,

(24) Mucio Calino de Brescia, obispo de Zara y después de Terni; Leonardo Marini, genovés, arzobispo de Lanziano, y Egidio Foscarari, boloñés, obispo de Módena.

(25) Esto lo niega Lagomarsino, quien prueba que los redactores de la parte latina fueron el dicho Calino, y los milaneses Pedro Galemnio y Julio Pogiano.

pe lo que resultaba que los mismos católicos la elegian á su gusto. Hiciéronse también algunas versiones nuevas, como la de Arias Montano; asimismo se modificó esencialmente la version antigua, como en la edicion de Isidoro Clario. Pensó Sixto V reprimir aquella licencia publicando una Biblia que fuese la única autorizada; pero como pronto se encontraron en ella muchos errores (26), se recogió, y Clemente VIII hizo dar á luz otra. Los mismos protestantes no creen que las ediciones de sus correligionarios valgan más que nuestra Vulgata.

Pio IV llamó á Roma á Pablo Manucio, para que imprimiese allí los Santos Padres con sus inimitables caracteres.

**Reforma moral.**—Obtúvose en la reforma moral de la Iglesia más de lo que era permitido esperar en medio de semejantes trastornos, sin que el pensamiento orgulloso de no querer dar razon á los disidentes opusiese ningun obstáculo. La idolatria clásica cedió el puesto al sentimiento religioso en las artes, en las discusiones, en las letras y en la existencia. Verificáronse gran número de concilios provinciales para estirpar los restos de las supersticiones y de la inmoralidad. Otros sínodos debieron reunirse de tiempo en tiempo, y parece que aquellos piadosos innovadores se lisonjearon con volver el mundo á su pureza apostólica. San Carlos en su *ritual* restableció la penitencia de los primeros siglos; Juan Francisco Bonomo, obispo de Verceli, delegado para la visita de la diócesis de Como, recomienda y amonesta, entre otras penitencias, que no se debia usar muebles de lujo, ni sobre todo, vasos y candeleros de plata, en atención á que su valor podia emplearse en sosten de los pobres. Pretendiendo también Gregorio XIII ejecutar punto por punto los decretos del concilio de Trento, envió visitadores apostólicos á examinar las cuentas de las iglesias, de los establecimientos de beneficencia y de las hermandades; pero escediéndose aquellos delegados, hicieron descontentos, y varios príncipes imitaron á Felipe II, excluyéndoles de sus Estados.

Reanimóse también la inquisicion, y ganando el afecto de ciertas hermandades de ambos sexos, con privilegios é indultos, se sirvió de ellas como de familiares. Se dedicó á buscar no sólo la depravacion hereje, sino también las prácticas religiosas; introduciéndose hasta en las cocinas los viernes, y formando sofismas sobre cada espresion que se escapaba á los profesores en las universidades. Creyéronse atacados los derechos de soberania con este modo de proceder: y después de haber clamado contra los abusos, no sabian los príncipes arreglar los remedios. En Venecia, un jesuita reunió á los gondoleros todos los días feriados para instruirlos en las verdades cristianas; pero la seño-

(26) Fué puesta en el índice por Gregorio XIV, y es una rareza bibliográfica.

ria pensó que los gondoleros estaban diariamente en relacion con personas de toda clase, y que podian llegar á ser un instrumento de espionaje: en su consecuencia prohibió aquella congregacion, y espulsó al jesuita. Otro declamó contra el carnaval, diciendo que el dinero que se gastaba en él, estaria mejor empleado en ayudar al papa en la guerra contra los turcos, que amenazaban á la república, y la señoría lo desterró igualmente.

Pio V, del que Bacon decia *De bello: me admiro de que la iglesia romana no haya contado aun á este grande hombre entre los santos*: prohibió á los médicos visitar tres veces á un enfermo, sin que se hubiese confesado. Mandó que el que violase el domingo debiera permanecer de pié todo un día delante de las puertas de la iglesia, con las manos atadas á la espalda: si recaia en la misma falta, que fuese azotado por la ciudad, y á la tercera que se le atravesase la lengua y se le mandase á galeras.

La corte de Roma, y la misma ciudad, tomaron el aspecto eclesiástico con el espíritu de regularidad; y el cardenal Tosco no fué elegido papa porque se le escapaban á veces términos del dialecto lombardo. Mandóse rigurosamente se residenciase á los obispos y á todos los beneficiados. No se volvieron á conferir abadías, colegiatas y obispados á seculares y hasta á militares, que decian *mi iglesia, mis frailes*, como hubieran dicho *mis criados, mis caballos*. El nepotismo permaneció disfamado; y si volvió á levantarse en el siglo siguiente, tomó enteramente otra forma, adoptando los papas la costumbre de tener colocados á su lado á un sobrino cardenal y á otro seglar, que adquiririan dignidades y riquezas, pero que nunca llegaban á la dominacion.

Grandes hombres ilustraron la púrpura y la mitra, como santo Tomás de Villanueva, arzobispo de Valencia; Resticucci, hombre tan perspicaz como recto; Carlos Borromeo, verdadero restaurador del gobierno eclesiástico y de la direccion de las almas; Federico Borromeo, su primo, que también le imitó; Salviati, cuyo nombre repiten aun con elogio los habitantes de Bolonia; Santorio, hombre de estrema severidad y digno de ser el jefe de la inquisicion; Gaspar Contarini, que refutó á Pomponazzi, su maestro, sobre la inmortalidad del alma, y escribió comentarios, polémicas y dos libros sobre los deberes del obispo, en un estilo menos bárbaro que el de la mayor parte de los teólogos; y Tolomeo Gallio de Como, que derramó sobre su patria inagotables tesoros de beneficencia. Citaremos entre el número á un colegio, en el que los niños de la diócesis iban á recibir su educacion, no sólo en lo respectivo á la gramática y á la retórica, sino en lo correspondiente á las artes y oficios: escuela técnica del género de las que ha producido nuestro siglo. Madruzzi, cardenal de Trento, fué llamado el Caton del Sagrado Colegio, y se consagró á dirigir la política austriaca.

La Francia tenia también sus ilustraciones eclesiásticas.

siásticas en los Ossat Duperron, Tolet, y en los cardenales de Sourdis y de la Rochefoucauld, apellidados los Borromeos franceses, Fabio Chigi, legado pontificio para la paz de Westfalia, y después papa, tenía siempre sobre su mesa una calavera, y no le servían más que raices, teniendo además un ataúd debajo la cama. Sirleto, cardenal, al mismo tiempo que filósofo, cuya memoria contenía una biblioteca entera, no se desdenaba de reunir en su derredor á los niños que iban á la plaza Navona con haces de leña para instruirlos en la doctrina cristiana. En Agustin Valieri se admiraba también una rara erudición y una conciencia á toda prueba. César Baronio trabajaba todo el día en su historia, y comía con sus criados (27). Cítanse también entre los auditores de la Rota á Mantica, cuyas obras formaron autoridad en la escuela y ante el tribunal, así como á Arigone, menos aficionado á los libros que á los negocios, en los cuales conservó una reputación intacta.

Con frecuencia tendremos que mencionar los nuncios enviados para hacer frente á las tormentas de aquella época. Ya hemos hablado del cardenal Bellarmino, que fué el mayor controversista y hombre más virtuoso de su tiempo. El sabio Clavio y Juan Pedro Maffei, que hasta su último suspiro se ocupó en escribir historias en latín, son dignos de figurar á su lado. Muret, otro excelente latino, explicó las *Pandectas* de una manera original y con viveza. Las respuestas del español Azpilcueta eran oráculos en derecho canónico, y Gregorio XIII iba con frecuencia á conversar horas enteras con él; sin embargo no desdenaba en el hospital los oficios más humildes. Tal era el séquito de que se habían rodeado los pontífices, en lugar de los poetas y soldados que se veían á su lado un siglo antes.

Sin embargo, su ardor en proteger el saber no se disminuyó nunca; pero tomó mejor dirección. En la decadencia de los estudios religiosos, animados los jesuitas del espíritu del catolicismo reformado, pudieron apoderarse de la enseñanza: poblaron primero de colegios á Viena, después á Colonia é Ingolstadt, desde donde se extendieron por Austria á lo largo del Rhin y del Mein y á Munich, la *Roma alemana*. Su intención era que las universidades católicas pudiesen competir con las protestantes, no que se mostrasen como librepensadoras como propagadoras de verdades nuevas, sino como personas oficiosas, afables sin interés personal, y ayudándose unas á otras. En esta

(27) El cardenal Baronio tenía también el sentimiento del arte y del respeto que se le debe. Así es que puso en su iglesia titular de los Santos Nereo y Aquileo, que conserva la forma de las antiguas, esta inscripción:

PRESBYTER, CAR. SUCCESOR QUISQUIS FUERIS—ROGO TE PER GLORIAM DEI ET PER MERITA HORUM MARTYRUM—NIHIL DEMITO, NIHIL MINUITO, NIHIL MUTATO—RESTITUTAM ANTIQUITATEM PIE SERVATO—SIC TE DEUS MARTYRUM SUORUM PRECIBUS—SEMPER ADJUVET.

invasión de la Europa germánica por la Europa romana, los teólogos alemanes en lucha unos con otros y no comprendiéndose sobre la creencia, abandonaban la victoria á espíritus menos elevados, pero acordes entre sí, presentando una doctrina refinada hasta en sus puntos extremos, y sin dejar ninguna duda. Al mismo tiempo los jesuitas establecían escuelas para los pobres, se dedicaban á la predicación, y obtenían admirables resultados hasta escitar el entusiasmo de la devoción (28).

Mandóse á los obispos tener seminarios en cada diócesis. Gregorio XIII fundó veinte y tres colegios convenientemente dotados, entre otros uno alemán y húngaro para cien mancebos de aquellas naciones, otro para los ingleses, otro para los griegos y uno para los maronitas. Reedificó el Colegio romano y fundó el de los neófitos. Estableció después uno en Fulda, otro en Dillingen, uno en Colosvar, en Transilvania, otro en Gratz, en Estiria, y lo mismo en Olmütz, Praga, Viena y Augsburgo, en Puente Mousson para los escoceses, en Douai para los ingleses, en Braunsberg, en Prusia; el colegio lírico en Loreto, y tres seminarios en el Japon; empleó además dos millones de escudos romanos en atender al sostenimiento de los jóvenes estudiantes pobres, y un millon en dotes de señoritas sin fortuna para casarse ó ser religiosas (29). Sugirió al cardenal Fernando de Médicis la idea de abrir una imprenta oriental; y aquel prelado envió á Etiopía, á Alejandria y á Antioquia, instruidos viajeros, principalmente á los dos florentinos Juan Bautista y Gerónimo de Vecchiotti, que volvieron con manuscritos; hizo fundir caracteres, y pudieron imprimirse libros en Roma en más de cincuenta lenguas orientales.

**Propaganda.**—En la congregación *De propaganda fide*, debida á Gregorio XV y á su sobrino Ludovisi, trece cardenales, tres prelados y un secretario se ocupaban en estender la fe y en dirigir á los misioneros, cuyo número pudo después aumentarse con ayuda de los seglares. Es una cosa maravillosa la actividad con que los misioneros, partiendo de aquel centro, prodigaban sus esfuerzos desde los Andes á los Alpes, desde el Tibet hasta la Escandinavia, para convertir á mohometanos, budistas, nestorianos, idólatras y protestantes. Renováronse particularmente los prodigios del apostolado, en las misiones de las dos Indias, con el más marcado heroísmo y los más señalados milagros; ya hemos mencionado el celo de los predicadores, el furor de las persecuciones, la maravillosa difu-

(28) El concilio de Burdeos de 1583 decía: *De scholis, in premio recte quodam hujus seculi sapienter mandatum est, nihil esse de quo concilium divinus inri possit, quando recta puerorum institutione; juvenus enim et spes ac soboles reipublice; qua si, dum adhuc tenera diligenter excolatur, maximos et mora suavitatis fructus feret; contra vero si negligenter, aut nullos aut amarissimos.*

(29) TIRABOSCHI, t. VII, l. I, c. 3.

sión de la palabra cristiana, y los frutos de la caridad y del valor. En medio de tantas pérdidas sufridas en Europa, consolábanse los pontífices al recibir á los embajadores de la Abisinia, del Japon, de la Persia, de los antiguos reinos de Oriente y de las nuevas comarcas de América, donde se fundaron obispados, conventos, escuelas y hospitales. Urbano VIII fundó el seminario apostólico, plantel de misioneros y refugio de los prelados á quienes la Reforma había despojado; el cardenal Antonio Barberini instituyó doce becas para georgianos, persas, nestorianos, jacobitas, melquitas y coptos, siete para etiopes, y seis para indios ó armenios.

Sixto V, mayor príncipe que gran pontífice, publicó hasta setenta y dos bulas. Lleno de celo por la fe y las buenas costumbres, fulminó el anatema sobre los adúlteros, las prostitutas, la astrología judiciaria, dió con respecto á la usura y á los contratos de sociedad las reglas que aun siguen los canonistas, y fijó en setenta el número de cardenales, que quería libres de toda tacha.

Lo que prueba hasta qué punto se había desarrollado el sentimiento religioso entre el pueblo, es el número de milagros, cualesquiera que sean, que se proclamaron entonces, y el de las apariciones sobrenaturales. La Virgen habla á san Silvestre; se presenta á los Monti en Roma, en Narni, en Todi, en San Severino; suda la imagen de Subiaco; en Langrés, en 1588, un soldado que perdía al juego, blasfemó contra una imagen de Maria, y le arroja los dados; pero al verificar aquella acción, se rompe el brazo profanador. Este milagro hizo que llovieran los donativos, y lo menos doscientas cincuenta procesiones acudieron en seis meses á aquella ciudad, en la que las ofrendas de los creyentes sirvieron para edificar la iglesia llamada de la Virgen de los Milagros. San Carlos atestigua la aparición de la Virgen de Caravaggio; en Treviso, una de las imágenes de la Madre de Cristo evita, llorando, el que los franceses esterminen á los habitantes; y no hay en aquella época país en Italia, donde no haya habido un prodigio nuevo, ó haya resucitado la memoria de un antiguo milagro.

A los hagiógrafos es á los que se ha de recurrir, si se quieren admirar las maravillosas virtudes de Catalina, descendiente de los duques de Cardona, de sor Beatriz de Oñes, de Camilo de Lelis, de Pascual Bailon, de Diego y Pedro Alcántara, que renovaron en España las mortificaciones de la Tebaida; de Juan de la Cruz, que, asociado á santa Teresa, comentaba en verso y en meditaciones el Cantar de los cantares; al paso que Juan de Avila hacia resonar las ciudades y montañas de Andalucía con poderosas predicaciones; que Juan de Granada, su hermano en religión, daba á los dominicos una filosofía cristiana para dirigir su pensamiento, un sermonario para regularizar su palabra; y que fray Luis de Leon acostumbra la poesía á cantar las aspiraciones celestes. En Polonia Estanislao de Kostka, en Italia Luis de Gon-

zaga, Magdalena de los Pozzi, eran modelos de perfección interior, de caridad y de contemplación de las cosas eternas.

En 1569, formó un jesuita una congregación que bajo la invocación de Maria, asociaba á los jóvenes estudiantes; y tomó tal incremento en Nápoles, Roma, Génova y Perusa, que en 1584 existía en todas partes, y Gregorio XII la enriquecía de indulgencias. Luego se hicieron comunes á todas las condiciones de la sociedad aquellas uniones de las almas, y todos, magistrados, artesanos, nobles y comerciantes invocaban á Maria con la misma fórmula. En Roma se estableció el oratorio del Divino Amor, al cual pertenecían Contarini, Sadoletto (30), Ghiberti, Carraffa, que fueron después cardenales, como también Gaetano Tiene y Lippomano. En Florencia, el cardenal Alejandro de Médicis fundó la congregación de san Francisco y de santa Lucia de la doctrina cristiana. Confió su dirección á Hipólito Galantini, que trabajaba en seda, y aun subsiste, principalmente en ventaja de los obreros que trabajaban en esta industria. Fundóse en la misma ciudad una piadosa casa de catecúmenos por sugestión de fray Alberto Leoni. En Milan un sacerdote, llamado Castellini de Castello, formó la compañía de la Reforma cristiana, que en suma era la del catecismo, y que tomó después el nombre de compañía de los *Servidores de los niños de la caridad*.

Dirigíanse á los mismos resultados que á la Reforma, pero por medios diferentes, por la institución de órdenes nuevas ó por la regeneración de las antiguas; y de esta manera era cómo se restablecían los principios religiosos y se rejuvenecía el monaquismo, en el momento en que se abolía en Alemania. Ya anteriormente (1435) san Francisco de Paula había instituido los mínimos, que se llamaron en España padres de la Victoria, porque Fernando é Isabel atribuyeron á su intercesión sus triunfos contra los moros, y en Francia, los hombres buenos, porque su fundador se designó con este nombre en la corte de Luis XI. Juan de Guadalupe había introducido en España los carmelitas descalzos, llamados reformados en Italia y recoletos en Francia. Pedro de Alcántara reformó también la regla de san Francisco. Aquel bienaventurado se apareció á Mateo Baschi, fraile menor de Montefalcon, advirtiéndole observase con más estrechez su regla; y en aquella ocasión notó el fraile que el traje del patriarca de su orden era más tosco, su capucha de una forma diferente, y que no tenía ni escapulario ni calzado. Habiéndose, pues, vestido del mismo modo, se presentó á Clemente VII (1525), quien le permitió aquellos nuevos rigores; de aquí procedieron los frailes me-

(30) Se hizo un cargo á Sadoletto de las máximas semipelágicas, en su exposición de la epístola de san Pablo á los romanos; fué prohibida, y se retractó humildemente á los pies de Paulo IV.

nores conventuales de vida solitaria, que usaban la barba larga y una gran capucha. Debieron haberse concretado á Italia, pero el cardenal de Lorena llevó consigo algunos á Francia, á su vuelta del concilio de Trento. Habiendo, pues, el papa levantado la prohibicion, fueron después acogidos por Catalina de Médicis, y se extendieron por todas partes con rapidez.

Así como los jesuitas estaban formados para la sociedad culta, estos últimos religiosos se acercaban más al vulgo; y á veces sus maneras hasta eran triviales y burlescas. Los que se rien de sus prácticas minuciosas olvidan que fueron los héroes de las pestes que asolaron aquel siglo. La estrecha observancia de los frailes de san Francisco, llamados después *zoccolanti* y descalzos, fué aprobada en 1532 en Italia, donde adquirió hasta veinte y cinco provincias: contó doce en España y Portugal, y diez en Francia. Vicente de Massart, de París, introdujo la orden Tercera de san Francisco, diferente de la antigua, y llamada también de la *estrecha observancia* ó de san Antonio. Los capuchinos y los observantes renunciaron á la facultad concedida por el concilio de Trento á todas las órdenes, hasta á las mendicantes, de poseer bienes.

Pablo Giustiniani había reformado los camaldulenses por medio de una nueva congregacion de Monte Corona, destinando á cada fraile á celdas separadas en medio de los desiertos y montañas, con el nombre de ermitaños. Juan de la Barriere que mandaba la abadía de los fuldenses, cerca de Telosa, restringió la regla del Císter, imponiéndoles el silencio, las abstinencias, el uso continuo de pan y agua; y los religiosos de aquella orden, á quienes se les llamó fuldenses, se extendieron como todos los demás. Leruel reformó los premostratenses, y Pedro Fourier, modelo de los curas de Lorena, reorganizó los canónigos regulares de San Agustín.

De la orden de San Benito salieron los religiosos de San Mauro (1618) confirmados por Urbano VIII, que hacían voto de consagrarse al estudio y á la enseñanza. Después de dos años de noviciado, y de otros cinco que pasaban instruyéndose en las ciencias filosóficas y teológicas, se preparaban á las órdenes por una *recoleccion* de un año. Establecieron los pequeños seminarios ó escuelas de niños, y aumentóse su número de tal modo, que en 1718 contaban en Francia ciento ochenta y seis abadías y prioratos. Nicolás Hugo Menard dirigió sus trabajos hácia las antigüedades eclesiásticas, y fundaron la historia erudita publicando admirables ediciones, como también el *Arte de comprobar las fechas*.

Las religiosas capuchinas, ó Claras reformadas, se establecieron en Nápoles en 1538, por Maria Lorenza Longa, catalana, se dedicaban á graves abstinencias, llevaban una corona de espinas en la cabeza, y vivían de limosnas, pero sin pedir nada á menos que no lo hiciesen para los pobres. **Santa Teresa, 1515-1582.**—Enardecida la imagi-

nacion de santa Teresa de Jesús de Avila con la lectura de la vida de los mártires, huyó de su casa siendo aun muy jóven, con uno de sus hermanos, con intencion de morir entre los infieles. Habiéndola vuelto después á su familia, pasó entre ella su tiempo en continuas oraciones; después entró en las carmelitas (31), y las reformó (carmelitas descalzas), estrechando más la clausura, y queriendo que hasta las visitas de los mismos padres fueran tan escasas como se pudiera; en fin, procuró excitar en el alma, con ayuda de las austeridades, una disposicion que la acerca á la divinidad. Encontró que las privaciones y mortificaciones no eran suficientes para esto, pero que era necesario unir á ellas el trabajo y la ocupacion doméstica, sal del alma que impide á los pensamientos estériles y vagabundos penetrar en ella. El trabajo no debía, sin embargo, ser de gran precio ni de gran habilidad, ni tampoco hecho en momentos determinados, sino destinado únicamente á ocupar el ánimo, y producir lo que llamaba la *oracion de amor*, «en la cual el alma se olvida de sí misma para no escuchar más que la voz del divino amante, viviendo siempre como si estuviese en presencia del Señor, y sin esperimentar otro dolor que el de no gozarle bastante.» Su vida, escrita por ella misma, es una revelacion muy curiosa, de una mujer enamorada de Dios, y que embriagándose en el torrente de las eternas delicias, no sabe designar al demonio de una manera más desconsoladora que llamándole el *desgraciado que nunca amó*. Hacer suya la voluntad de Dios, padecer y no morir eran todas sus aspiraciones; escribía libros por obediencia, y por obediencia quemó los que había escrito, porque creía poder engañarse sobre las revelaciones y visiones que tenia, pero no en obedecer á sus superiores. Sus obras ascéticas, llenas de un piadoso entusiasmo, al cual se une la fuerza de imaginacion y la pasion esclusiva, son muy superiores á aquellas en que emplea la fria dialéctica; y sus versos han hecho se la coloque entre los poetas clásicos de su nacion.

**San Francisco de Sales, 1567-1622.**—Francisco, de los condes de Sales, en Saboya, que después fué obispo de Annecy y de Ginebra, manifestó menos austeridad, habiéndose dedicado á predicar en el Chablais, á donde el calvinismo había sido llevado por los berneses; operó allí conversiones admirables procediendo con el afecto y estimacion que inspiraba; así fué que restableció allí el culto católico. Su alma tranquila y serena se complacía en un trabajo continuo, al cual se dedicaba sin esfuerzo ni precipitacion. Así como san Carlos, se había presentado armado de cualidades penetrantes, soberanas, de una autoridad que se hacia sentir, y puede decirse de la vara de la penitencia, para convertir el espíritu interior, y forzar á los

(31) Las carmelitas tuvieron en el siglo xvii, cuatrocientos cuarenta y cuatro conventos en Italia y ochenta y ocho en España.

católicos paganizados, del mismo modo san Francisco se revistió de dulzura y seduccion, puede decirse que casi de rayos angélicos, para volver al recto sendero á los hijos rebeldes de la Iglesia (32). Fundó, en union con Juana Francisca Fremyot, viuda de Chantal, la orden de la Visitacion, destinada principalmente á recibir á las mujeres, que una constitucion delicada ó enferma escluí de las órdenes más austeras. No podían poseer nada propio, cambiando todos los años de cuarto, cama, trajes, rosarios y todo lo demás; y se les dispensó recitar el oficio y seguir las reglas muy penosas. Su fundador procuró reprimir en ellas las exaltaciones interiores, recomendándoles «ponerse en presencia de Dios sin minuciosidad afectada, no

(32) La comparacion entre los dos santos me ha sido sugerida por el libro de Arnaldo sobre la *frecuente comunión*, del cual copiaré algunos trozos: «Dios concedió grandes mercedes á san Carlos para que llevase á cabo su gran proyecto de reformar su diócesis y restablecer las penitencias, lo cual debía producirles graves contratiempos. Se dió autoridad por sus parientes y allegados en toda Italia, por sus amigos en la corte de Roma, por su ilustre nacimiento entre los caballeros; entre los eclesiásticos y los príncipes, por su dignidad de cardenal, de sobrino del papa, de legado de la Santa Sede: por sus pingües riquezas con que hacia tantas limosnas entre los pobres, por su insigne piedad entre los buenos, por sus mortificaciones y maravillosas austeridades entre los pecadores. Por eso le dió un rostro venerable, lleno de majestad, una sabiduria y una prudencia capaz de gobernar á toda la Iglesia, segun lo había hecho durante el pontificado de su tío; una magnanimidad de gran señor y de gran santo para no temer las amenazas de los gobernantes violentos, los asesinatos de los frailes desesperados, las calumnias de los eclesiásticos rebeldes ni la frialdad del papa ni de los cardenales engañados y sorprendidos; una fuerza extraordinaria de voluntad para emprender grandes cosas; una constancia á toda prueba para llevarlas á cabo; una caridad ardiente y generosa para caminar sin temor entre la peste y los torrentes; un vigor de cuerpo incansable para visitar incesantemente su diócesis y soportar las maceraciones; una humildad de penitente público para confundir á la pública impenitencia... en una palabra, todas las cualidades necesarias á un obispo para poder reformar los desórdenes de una Iglesia y abolir el deplorable abuso de las confesiones imperfectas, de las absoluciones precipitadas, de las satisfacciones vanas y de las comuniones sacrílegas.

Porque Dios destinaba al obispo de Ginebra á la conversion de los herejes... le dió una dulzura incomparable, absolutamente necesaria para dulcificar la acritud de la herejía y vencer el espíritu tocando el corazón; un talento nada comun para destruir sus falsas opiniones; una ciencia, producto más bien de la gracia que del estudio, para hablar de los misterios de la fe; un exterior lleno de piedad y devocion en sus acciones, palabras y escritos; un rostro alegre, capaz de producir amor en los más bárbaros; una pureza opuesta á sus desprecios: en fin, una ternura amorosa y pacífica, y sentimientos verdaderamente paternales para abrazar con movimientos de piedad á aquellos que mamaron la herejía con la leche y cuyos padres fueron parricidas, para vencer poco á poco la obstinacion de su error y conseguir del cielo el fruto alguna vez lento y tardío de las semillas divinas.

desear gozar de él más allá de lo que él quiera; porque á veces el orgullo nos tienta y nos seduce bajo formas de éxtasis; no debe pretenderse más que seguir el camino ordinario de las virtudes.»

Los libros de Francisco de Sales, sobre todo su *Filotea*, que respira un cristianismo lleno de mansedumbre, están entre el número de las mejores obras ascéticas. La lengua ha envejecido; pero conserva, á pesar de su incorreccion y la exuberancia de las imágenes, un encanto particular. Con respecto á la profundidad y lucidez del talento bajo el aspecto filosófico y cristiano, no sabemos que sea inferior á ninguno de los mejores escritores del gran siglo. Acumula las comparaciones vivas y familiares sacadas de la naturaleza, cuyos símbolos y bellezas comprende mejor que ningun otro. Resume voluntariamente todo el cristianismo en el amor de Dios, y sostiene que el hombre es naturalmente inclinado á él, y que hace bastante el que hace lo que puede. A la virtud mística asociaba una gran delicadeza de juicio humano y de relaciones prácticas: toda su vida fué una vida de accion. Ejerció, sobre todo, gran influencia sobre las mujeres por su devocion tierna y afectuosa. Lleno de condescendencia, ni siquiera niega el baile á Filotea; en la orden de la Visitacion buscó más la mortificacion de la voluntad que la de la carne; pero al mismo tiempo que estaba sin cesar rodeado de mujeres, tenia tal riguroso escrúpulo en sus relaciones con ellas, que nunca las hablaba solas.

Camus dice, en el *Espritu de san Francisco de Sales*: «El mismo me llevaba á pasearnos en un bote por el hermoso lago que baña las murallas de Annecy, ó á los risueños jardines de aquellas encantadoras orillas; cuando iba á verme á Bellefleur, no rehusaba nunca semejantes paseos, á los cuales yo le invitaba; sin embargo, nunca los proponía ni los hacia solo. Cuando se le hablaba de construcciones, pintura, música, cacerías, aves, plantas, jardinería, flores, no vituperaba á los que se ocupaban de ello; pero hubiera deseado que se hubiesen servido de todas estas ocupaciones como gradas místicas para elevarse á Dios, y enseñaba los medios con su propio ejemplo, sacando de todas aquellas cosas tanta elevacion de espíritu. Si se le mostraban hermosos jardines con plantas bien alineadas: *Somos*, decia, *la agricultura de Dios*; si edificios simétricamente dispuestos: *Somos las construcciones de Dios*; si alguna iglesia magnífica y bien adornada: *Somos los templos del Dios vivo*; ¡ojalá estuviesen nuestras almas tan adornadas de virtudes! si flores: *¿Cuándo darán frutos nuestras flores?*; si raras y delicadas pinturas: *Nada es tan hermoso como el alma, imagen y semejanza de Dios*. Cuando le llevaban á un jardín, decia: ¡Ah! *¿Cuándo el de nuestra alma estará sembrado de flores y frutos y arreglado, limpio y bello? ¿Cuándo estará cerrado á todo lo que desagrade al jardinero celestial, cuya forma tomó para presentarse á la Magdalena?* A la vista de las fuentes esclamaba: *¿Cuán*